

RIPOLL LÓPEZ, Gisela: *Toréutica de la Bética (Siglos VI y VII d. C.)*, Reial Acadèmia des Bones Lletres, Barcelona, 1998 (397 pp. + xliii láminas fuera de texto).

El estudio que aquí presentamos sobre la "toréutica" de la Bética en los siglos VI y VII representa la más reciente aportación de Gisela Ripoll sobre un tema, el de la arqueología y los útiles de procedencia funeraria tarde-hispanos, en el cual es hoy la primera e indiscutida especialista. Con este preámbulo quiero dejar de manifiesto que el juicio sobre su obra parte ya de un prejuicio admirativo evidente.

Se trata de un grueso volumen donde se remodela y actualiza una Tesis Doctoral (la segunda de la autora) que con el título *L'archéologie funéraire de Bétique d'après la collection visigothique du Römisch-Germanisches Zentralmuseum de Mayence*, defendió la profesora Ripoll en 1993 en la Universidad de la Sorbona-París IV, bajo la dirección de Noël Duval. En su presentación como libro que ahora se publica el trabajo propone una triple dimensión. Por un lado un catálogo preciso y ampliamente descriptivo (pp. 271-355 y láminas) de 135 piezas de bronce, esencialmente broches de cinturón, placas de broches y hebillas, fechadas entre el siglo VI e inicios del siglo VIII (el total de la colección de bronce hispanos del museo de Maguncia incluye 224 piezas, pero se descartaron las que quedaban fuera del ámbito cronológico a estudiar), todas ellas procedentes de expolios y excavaciones clandestinas realizadas en la Bética. En segundo lugar, un cuerpo analítico donde ese material es estudiado de forma sistemática y exhaustiva en un contexto amplio, que abarca en la práctica todo el Mediterráneo (pp. 41-201). Por último, un capítulo más breve (pp. 203-270), pero fundamental para los objetivos del estudio, donde los materiales son puestos en directa relación con la arqueología funeraria de la Bética y con la dinámica histórica de la Hispania meridional en este periodo. El libro se completa con una Introducción general, una amplia bibliografía, una presentación de la propia autora y un Préface de Noël Duval. Vayamos por partes.

Dejamos aparte el catálogo, sin olvidar que tiene un valor intrínseco, y pasamos a comentar

el estudio de las piezas que el libro acomete. Aún así hemos de advertir que esta colección, punto de partida de la investigación, supone un enorme problema que la autora anota desde la presentación del libro, su falta absoluta de contexto. Dado el origen de las piezas, éstas son casi imposibles de ubicar dentro de unas coordenadas precisas de espacio y tiempo. "Debido a la ausencia de conjuntos cerrados, es decir, de conjuntos de materiales que al estar asociados permitan elaborar hipótesis cronológicas, no se reúnen las condiciones imprescindibles para obtener resultados fiables" (p. 29). Sin embargo, el conjunto es lo suficientemente importante, en términos comparativos, para ser utilizado, comparándolo con los materiales conocidos del mismo entorno y con las producciones equivalentes del ámbito mediterráneo y del europeo, en orden a construir una seriación tipológica y cronológica que resuelva los problemas que la "toréutica" peninsular viene planteando a lo largo de este siglo, con el objetivo último declarado de resolver "la problemática funeraria de época visigoda en la Bética" (p. 36)..

Tres documentados capítulos están dedicados a este objetivo; en el primero: "La toréutica de finales del siglo V a principios del siglo VII" (pp. 41-66), partiendo de una valoración historiográfica hecha en la presentación, se aborda la metodología seguida para su clasificación, identificación y periodización. No se trata de un mero análisis intrínseco, ni una ubicación secuencial comparativa, estrictamente hablando, a partir de la cual construir cronologías relativas, sino que es necesario plantear hipótesis sobre el proceso de expansión de los visigodos, especialmente en el entorno rural, hacia el sur de la Península Ibérica, el nivel de resistencia o aculturación que estos colectivos humanos asumieron en este proceso, vinculado a fenómenos particulares como la conversión del arrianismo al catolicismo o la extensión de los matrimonios mixtos entre la población hispano-romana y la visigoda. El resultado es la fijación de cinco niveles de los cuales 4 afectarían al periodo visigodo ahora estudiado: Nivel II (480/490-ca. 525) y III (ca. 525-560/580), de los cuales apenas hay constancia de instrumentaria propiamente visigótica en la Bética, Nivel IV (580/590-600/640) y V (600/640-711), donde ya es evidente la entrada de modas latino-

mediterráneas con un descenso de la producción visigoda y el desarrollo de centros productores hispánicos con indiscutibles connotaciones locales, que en la fase V sufrirán un fuerte “bizantinismo”. Las diferencias culturales de los usuarios han desaparecido y ya no se encuentra ninguna diferencia étnico-indumentaria entre las dos grandes comunidades que poblaban la Península, ahora ya “las producciones de toreutas y orfebres responden por tanto a esos gustos y modas del momento, pudiéndose siempre detectar las diversas influencias venidas esencialmente de productos no peninsulares que fueron imitados y fabricados en los talleres artesanos de tipo local” (p. 60).

Corresponde a los capítulos segundo y tercero, “Las artes menores del metal de fines del siglo VI (pp. 67-119) y “Objetos mediterráneos y bizantinos de los siglos VII y VIII” (pp. 121-201), el estudio sistemático de elementos formales, estéticos e iconográficos. Aquí el profundo conocimiento que la autora manifiesta de las producciones de los toreutas de todo el ámbito mediterráneo y europeo se muestra como el único medio de estudiar las piezas y de definir aquellos rasgos que permiten afirmar que “los artesanos hispánicos dotaron a dichas series de una personalidad propia” (p. 91), rasgos que una vez identificados permiten reconocer fácilmente las producciones peninsulares. Este análisis exige una valoración de la presencia de objetos y de estéticas bizantinas, de artesanos procedente de Oriente o del norte de África. Según la autora, estas influencias no están relacionadas con la presencia de tropas bizantinas en el sur peninsular sino que responden a una lógica de intercambios comerciales –“el comercio entre Oriente y Occidente estuvo abierto durante todo el Bajo Imperio y la Antigüedad Tardía” (p. 130), así como a corrientes y modas estéticas. Los materiales estudiados, incluso la identificación de talleres, mostrarían la existencia en la Bética de un amplio desarrollo de las artes del metal, donde a partir de prototipos orientales los artesanos “crearon sus propios modelos y series den-

tro de la geografía del reino visigodo de Toledo” (p. 178).

¿Cómo podemos relacionar este concienzudo análisis formal, tipológico, iconográfico y cronológico con la historia del sur de la Península Ibérica en época visigoda?. A este objetivo se dedica un capítulo específico, especialmente importante desde la óptica del historiador: “Toréutica y arqueología funeraria: algunas anotaciones sobre la Bética” (pp. 203-270). El objetivo es aquí contextualizar de una forma global, dentro de la Bética, algunos de los problemas que han ido surgiendo. Es en esta fase donde la autora encuentra un indudable problema metodológico y epistemológico aún no resuelto: cómo integrar los procesos históricos, dinámicos por definición, con el carácter estático del registro arqueológico; aún más, como anota la profesora Ripoll “hay que recordar que la reconstrucción histórica a partir de documentos arqueológicos frágiles no responde a la realidad”.

Por ello la autora, recurriendo a la sabiduría de Jorge Luis Borges, “acude con orgullo a sus lecturas antes que jactarse de sus escritos”, y nos presenta una ajustada síntesis del escenario histórico en el que se comprenden las piezas objeto de su estudio. Un repaso por los datos urbanos, por los problemas funerarios de los suburbios y por el paisaje rural, con los diferentes tipos de habitat, sin olvidarse de la producción artesana, de los recursos mineros y de los cauces del comercio. Las relaciones entre la moda urbana y la moda rural, la instalación civil visigoda en la zona cuando se alcanza cierta estabilidad en torno a la sede regia, las relaciones con los asentamientos bizantinos, son problemas que se sugieren, son problemas que necesitan más trabajo de campo, excavaciones sistemáticas, series aún más precisas de materiales datados perfectamente ubicados en su contexto, pero según vayan apareciendo y conociéndose, mejor podremos valorar el enorme esfuerzo que el trabajo de Gisela Ripoll que aquí presentamos representa.

*Pablo C. Díaz**

*Universidad de Salamanca.

Dpto. Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología (Área: Historia Antigua).